

EL CÍRCULO, LA PELOTA Y EL EQUIPO

©CARLOS SALAS

Los habitantes de Mandalay estaban algo preocupados porque una persona afroamericana, no nacida en Myanmar (Birmania), quería aprender una actividad milenaria que consiste en mantener en el aire una pelota más pequeña que un balón de fútbol. Greg Hamilton fue el primer occidental que quiso practicar chinlone.

El chinlone se parece a esos momentos en los que los futbolistas se divierten golpeando el balón con el empeine, subiéndose la pelota al cuello, dejándola caer para golpearla con el muslo o girando sobre sí mismos antes de que toque el suelo para volver a elevarla.

Para los birmanos es mucho más que un deporte: es una danza, un ejercicio de concentración, una forma de trabajar en grupo y una actividad que combina equilibrio físico y mental.

Quienes practican chinlone forman un círculo de cinco personas, con una sexta situada en el centro. Parece el sistema solar. Se denomina *wein kat*, el círculo de golpeo. El jugador central devuelve la pelota con el pie o la rodilla mientras los demás la mantienen en movimiento. Si alguien impulsa la pelota con demasiada fuerza, los otros deben impedir que salga del círculo devolviéndola con el pie. Algunos golpes se ejecutan sin mirar la pelota, pero siempre deben realizarse con elegancia. «Un movimiento solo se considera bueno cuando se ejecuta con belleza», afirma Greg.

Este deporte nació hace más de 1.500 años y muchos de sus movimientos proceden de las artes marciales y la danza. Lo practican hombres y mujeres, niños y ancianos. Para estos últimos es una excelente manera de mantenerse sanos. También puede practicarse individualmente (una modalidad llamada *tapandaing*), aunque solo las mujeres suelen hacerlo.

Resulta sorprendente que en el chinlone nadie compita contra nadie. Al contrario, es una actividad colectiva cuyo objetivo consiste en vibrar al mismo tiempo, girar, golpear la pelota y ayudarse mutuamente. Ni siquiera existe la rivalidad entre el Grupo A y el Grupo B. Las exhibiciones públicas de chinlone atraen a miles de personas en Myanmar, especialmente durante las festividades budistas. Pero el público no acude para ver cómo un equipo derrota a otro, sino para contemplar cómo los jugadores mantienen la pelota en el aire y se convierten en una unidad antes de que toque el suelo o abandone el círculo. Es como asistir a una representación del Cirque du Soleil en un pequeño estadio de fútbol.

Greg Hamilton fue aceptado por la comunidad de los mejores jugadores gracias a su obstinada pasión por el chinlone. Impulsados por esa obsesión, Greg y un amigo viajero decidieron rodar un documental de 83 minutos titulado *The Mystic Ball*. Puede verse en <http://www.mysticball-themovie.com>.

Este no es un documental sobre el viaje a un país exótico con comentarios del tipo: «Mmm, qué buenas están las arañas fritas de Birmania». Todo lo contrario. Greg relata su experiencia diciendo cosas como: «El momento místico llegó cuando dejé de sentir el mundo físico porque estaba completamente impregnado por los demás jugadores». También señala que el estado de concentración absoluta recibe el nombre de *Yana*, una palabra relacionada con otra que nos resulta familiar: Zen.

Es un documental sobre el entrenamiento interior, la lucha contra la adversidad, la construcción de una comunidad, el trabajo en equipo y, sobre todo, sobre ese instante místico en el que un grupo de hombres y mujeres comienza a orbitar dentro del mismo círculo, a vibrar en la misma longitud de onda y a girar a la misma velocidad. Ese momento espiritual que todos los seres humanos hemos experimentado alguna vez en un campo de deporte o dentro de una empresa. Es el instante en el que todas las piezas encajan y funcionan al cien por cien. Tiene más de cósmico que de lógico.

Una de las fortalezas que impulsó a la selección española de fútbol en 2010 fue que sus jugadores sentían que habían formado una auténtica piña. Todos hablaban en plural: lo importante era el grupo, no las individualidades. Muchas empresas han conseguido lo mismo: lograr que todos sus empleados giren en la misma dirección y se sientan parte de un mecanismo superior.

Hace muchos años, mientras jugaba al ping-pong con uno de mis mejores amigos, alcanzamos un grado de conexión tan profundo que olvidamos la idea de vencernos mutuamente: pasamos casi dos horas manteniendo la pelota de un lado a otro, alejándonos progresivamente de la mesa. Cuando vi el documental de Greg Hamilton pensé: «Eso fue exactamente lo que nos ocurrió».

Pregunté a Greg por correo electrónico si tenía planes para trasladar estas ideas al mundo empresarial y me confesó que varias personas le habían sugerido lo mismo. Greg cree que el actual modelo hipercompetitivo tan popular en las empresas «refleja una ausencia de unidad, empatía y voluntad de sacar lo mejor de nosotros mismos y de las personas con las que trabajamos, jugamos o amamos».

Greg ha reunido muchas de estas reflexiones en escritos personales todavía inéditos. «Tengo teorías sobre por qué el chinlone es tan hipnótico de practicar y tan fascinante de contemplar, y sobre cómo conecta con el mundo y con la naturaleza humana».

Cuando se ve el documental de Greg y la capacidad de los birmanos para dominar cuerpo y mente, uno comprende que la manera occidental de entender el deporte, la empresa e incluso la vida presenta a veces ciertas desviaciones.

Tenemos entrenadores que se convierten en preparadores personales. Tenemos empresas que compiten entre sí. Tenemos rivales. Y las actividades de *outdoor training* de muchas compañías se parecen demasiado a los feroces entrenamientos de equipos de fútbol, baloncesto o automovilismo, porque para ellos lo importante es «aplastar al rival». Lo llaman *team building* y muchos directivos consideran que es una forma saludable de gestión porque los departamentos compiten cada día entre sí. Muy atlético, sí, pero tiene

poco que ver con el equilibrio, la simbiosis o la comunidad, valores que precisamente enseña el chinlone.

Deportes como el chinlone demuestran que una comunidad puede construir fuerza física y mental sin dejar cadáveres ensangrentados sobre el ring. Representa un salto hacia un peldaño superior en la escala de la vida y del deporte.

En el chinlone todos los miembros actúan simultáneamente dentro de un círculo. Y los círculos eran considerados por los griegos las figuras más perfectas del mundo.

English Translation:

THE CIRCLE, THE BALL & THE TEAM

©CARLOS SALAS

The people of Mandalay were somewhat worried because an African-American person, not born in Myanmar (Burma), wanted to learn a millenary activity that consists of keeping a ball smaller than a soccer ball in the air. Greg Hamilton was the first Westerner who wanted to practice chinlone.

Chinlone resembles those moments when soccer players have fun hitting the ball with the instep, bringing the ball up to the neck, letting it fall to hit it with the thigh, or spinning around before it touches the ground to lift it again.

For the Burmese, it is much more than a sport: it is a dance, an exercise in concentration, a way of working in a group, and an activity that combines physical and mental balance.

Those who practice chinlone form a circle of five people, with a sixth located in the center. It looks like the solar system. It is called *wein kat*, the striking circle. The central player returns the ball with their foot or knee while the others keep it in motion. If someone drives the ball with too much force, the others must prevent it from leaving the circle by returning it with their foot. Some strikes are executed without looking at the ball, but they must always be performed with elegance. "A movement is only considered good when it is executed with beauty," says Greg. This sport was born more than 1,500 years ago and many of its movements come from martial arts and dance. It is practiced by men and women, children and the elderly. For the latter, it is an excellent way to stay healthy. It can also be practiced individually (a modality called *tapandaing*), although usually only women do so. It is surprising that in chinlone nobody competes against anybody. On the contrary, it is a collective activity whose objective consists of vibrating at the same time, spinning, hitting the ball, and helping one another. Rivalry does not even exist between Group A and Group B. Public exhibitions of chinlone attract thousands of people in Myanmar, especially during Buddhist festivities. But the public does not gather to see how one team defeats another, but rather to contemplate how the players keep the ball in the air and become a unit before it

touches the ground or leaves the circle. It is like attending a performance of Cirque du Soleil in a small soccer stadium.

Greg Hamilton was accepted by the community of the best players thanks to his obstinate passion for chinlone. Driven by that obsession, Greg and a traveling friend decided to shoot an 83-minute documentary titled *The Mystic Ball*.

This is not a documentary about traveling to an exotic country with comments like: "Mmm, how good are the fried spiders of Burma." Quite the opposite. Greg relates his experience saying things like: "The mystic moment arrived when I stopped feeling the physical world because I was completely permeated by the other players." He also points out that the state of absolute concentration receives the name Yana, a word related to another that is familiar to us: Zen.

It is a documentary about inner training, the struggle against adversity, the building of a community, teamwork and, above all, about that mystic instant in which a group of men and women begins to orbit within the same circle, to vibrate on the same wavelength, and to spin at the same speed. That spiritual moment that all human beings have experienced at some time on a sports field or within a company. It is the instant in which all the pieces fit together and function at one hundred percent. It has more of the cosmic than the logical.

One of the strengths that propelled the Spanish national soccer team in 2010 was that its players felt they had formed a true piña (a tight-knit group). Everyone spoke in the plural: the important thing was the group, not individualities. Many companies have achieved the same: managing to make all their employees rotate in the same direction and feel part of a superior mechanism.

Many years ago, while playing ping-pong with one of my best friends, we reached a degree of connection so profound that we forgot the idea of defeating each other: we spent almost two hours keeping the ball going back and forth, progressively moving away from the table. When I saw Greg Hamilton's documentary I thought: "That was exactly what happened to us."

I asked Greg by email if he had plans to transfer these ideas to the business world and he confessed to me that several people had suggested the same thing to him. Greg believes that the current hyper-competitive model so popular in companies "reflects an absence of unity, empathy, and the willingness to bring out the best in ourselves and the people with whom we work, play, or love."

Greg has gathered many of these reflections in personal writings that are still unpublished. "I have theories on why chinlone is so hypnotic to practice and so fascinating to contemplate, and on how it connects with the world and with human nature."

When one sees Greg's documentary and the capacity of the Burmese to master body and mind, one understands that the Western way of understanding sport, business, and even life sometimes presents certain deviations.

We have coaches who become personal trainers. We have companies that compete with each other. We have rivals. And the outdoor training activities of many companies resemble too closely the ferocious training of soccer, basketball, or auto racing teams, because for them the important thing is to "crush the rival." They call it team building and many executives consider it a healthy form of management because departments compete with each other every day. Very athletic, yes, but it has little to do with balance, symbiosis or community—values that chinlone precisely teaches.

Sports like chinlone demonstrate that a community can build physical and mental strength without leaving bloody corpses on the ring. It represents a leap toward a higher rung on the ladder of life and sport.

In chinlone, all members act simultaneously within a circle. And circles were considered by the Greeks to be the most perfect figures in the world.